



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 12036

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 22 DE ENERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorrette rue Cassini 61; y J. Jonea, Faubourg-Montmartre, 81.

CRISIS SOCIAL

Error es creer o pretender que sea una crisis política la que atraviesa España y la que sufren otras y muy importantes naciones del continente europeo. La crisis de hoy es más grave y profunda, más peligrosa y de consecuencias más trascendentales que la crisis social. Ciertamente que la política en uno u otro extremo, es decir, la política que con el poder sin garantías y sin límites es ocasionada a los rigores del despotismo, y lo que buscan los gobiernos en las aspiraciones de las muchedumbres se presta a los excesos de los tiranos del anarquismo; pero no lo es menos que el riesgo que corren los poderes públicos por el abuso en sus funciones les obliga a ser discretos en su ejercicio, y a conjurar a tiempo las tormentas que se le avecindan.

Ese temor es, al menos un baluarte, aunque no muy firme, para el orden público, que es y debe ser la primera condición de la vida de los pueblos. Pero el público se encuentra hoy secuestrado por los extravíos religiosos, políticos y sociales que minan los cimientos de la sociedad, y no se siente con fuerzas para resistir enérgica y virilmente los embates de una opinión pública perturbada por errores y pasiones lamentables.

No nos extrañemos, pues, de que una agitación constante mantenga en febril ansiedad a los espíritus, y que en todas las clases sociales, haya una inquietud que se desahoga en algunas con tumultos y motines que a nombre de la libertad

la degradan, la secuestran y la destruyen

Una de las causas principales que se oponen al orden, a la concordia y a la paz de los pueblos es, indudablemente, la ignorancia de la ciencia económica y social, por que desconociéndose las leyes providenciales y admirables del trabajo, y los principios vitales que deben informar las manifestaciones de la actividad humana para que todos sus esfuerzos se conviertan en servicios, no es posible que se resuelva armonicamente en la esfera práctica los graves problemas que envuelve las relaciones entre el capital y el trabajo; esto es, entre patronos y obreros.

Por eso sería preciso que se popularizasen las más elementales doctrinas económicas, para que obreros y patronos supieran a que atenerse; para que ni los capitalistas tiranizasen a los trabajadores, ni éstos acudiendo a las huelgas inmotivadas, pretendiesen imponer forzosamente sus aspiraciones y acuerdos.

De ahí la necesidad suprema de hacer grandes esfuerzos para salvar esta gran crisis social que atraviesa nuestro país, procurando armonizar de una vez para siempre los intereses en pugna constante del capital y el trabajo.

MICROSCÓPICAS

Secundando los esfuerzos de los municipios cartageneros y unionense, el señor Villanueva, ministro de Obras Públicas, ha recomendado que se activen los proyectos de obras que pueden poner dique a la crisis obrera.

El citado ministro se ha adelantado a la petición que hacía ayer EL ECO; pero servirá de algo su recomendación.

Que servirá no hay duda. Los proyectos avivarán el paso y alguno habrá que salga de su centro para entrar en otro; pero ni eso es lo que conviene, ni lo que se desea. Apenas el problema obrero queda planteado en cualquier punto, se escucha la voz que se ha oído ahora y se ha escuchado siempre.

—¡Que se activen los proyectos de obras! —Pero como eso no es amontonar piedras ni echar paletadas de yeso ni picar almeadrilla para las carreteras ni sentar carriles, la recomendación no remedia nada, porque no da un jornal.

Lo que falta es trabajo; lo que se necesita es aplicar el esfuerzo de los brazos a vencer resistencias y tan de momento es preciso satisfacer esa necesidad, que toda la buena intención del señor Villanueva se estrellará contra el expedienteo de la administración.

La experiencia nos enseña a ser desconfiados. Nos enseña que no hace tiempo... porque hace muchos años, muchos, que distintos ministros han hecho igual ó parecida recomendación sin resultado.

En el ministerio del señor Villanueva hay varios expedientes relativos a mejoras de este puerto y allí duermen el sueño de los justos.

¡Y lo que dormirán!

Raw.

POLÍTICA INTERNACIONAL

LA GUERRA BOER

Conforme transurre el tiempo aumentan las preocupaciones del pueblo británico, sobre todo de aquella parte de la nación que se halla libre de las cuestiones del imperialismo.

Se comprende que así ocurra, pues lejos de entorpecerse la perspectiva de una rápida terminación de la campaña sudafricana la realidad de los hechos demuestra precisamente lo contrario; esto es, que la guerra tiende a prolongarse, y que el contribuyente británico habrá de someterse a nuevos y considerables sacrificios, según ha anunciado sir Michael Hicks Beach en un reciente discurso.

Hasta que limite habrán de llegar esos sacrificios es lo que no ha manifestado a sus electores el actual canciller del «Echiquier» pero el público inglés espera a ver con claridad que los esfuerzos pecuniarios de la Gran Bretaña para dominar la insurrección sudafricana serán enormemente desproporcionados al fin que se intenta conseguir.

Datos importantes para el conocimiento del asunto son, en efecto, los que aparecen en reciente folleto del notable economista sir Robert Giffen, autor nada sospechoso de parcialidad, puesto que es uno de las lumbreras del imperialismo británico y uno de los que acudieron a la reacción casi proteccionista contra el «free trade» absoluto de la escuela de Manchester.

Hace notar sir Robert Giffen que el presupuesto del actual Ejército asiente (reduciendo la manutención inglesa a española) a un total de 4.775 millones de pesetas, estando destinados a gastos de guerra 1.750 millones, ó sea casi una tercera parte del presupuesto.

Respecto a los ingresos, comprendiendo en ellos los 275 millones a que se eleva el producto de los nuevos impuestos, dan un total de 3.550 millones, resultando, por tanto, un déficit de 1.225 millones.

De los 1.750 millones de gastos de guerra, cerca de quinientos son satisfechos sin recurrir al crédito.

Se puede evaluar en una tercera parte lo que tendrá que pagar la actual generación correspondiente a las generaciones venideras las otras dos terceras partes.

Todo hace suponer que el Presupuesto de 1902-1903 será también muy elevado, aunque quizás no exceda del corriente, pero desde luego transase los límites de un Presupuesto ordinario.

Los gastos del actual Presupuesto pueden ser clasificados en tres grandes grupos: el primero comprende los gastos de gobierno, calculados en 1.625 millones; forman el segundo los presupuestos ordinarios de Guerra y Marina, que ascienden a 1.525 millones; el tercero constituido exclusivamente por las atenciones de la guerra sudafricana, suma 1.750 millones, cifra gigantesca, justificada por una campaña en la que invierte el Tesoro inglés, por

término medio, 27 millones y medio de pesetas a la semana, 5.340.000 pesetas al día; 222.000 por hora, 3.700 por minuto y 61'40 por segundo.

Se observará, pues, que los gastos militares, entre ordinarios y extraordinarios, representan un total de 3.275 millones, en tanto que los civiles suman únicamente 1.625.

De modo que aquellos forman el doble de los gastos de gobierno, gastos reproductivos, etc.

No cabe duda de que el primer grupo de gastos es irreductible, puesto que en él están incluidos los 600 millones del servicio de la Deuda y los 400 de Correos y Telégrafos, así como los 625 exigidos por el cumplimiento de las obligaciones normales que son la base del Estado.

Opina sir Robert Giffen que es imposible reducir el segundo grupo, y que no puede tocar a los presupuestos ordinarios de Guerra y Marina, a pesar del enorme y rápido crecimiento que han venido alcanzando durante años anteriores, hasta llegar al doble de las cifras exigidas por los presupuestos de hace un cuarto de siglo.

En esos veinticinco años ha crecido, efectivamente, la Marina cerca de dos mil millones y medio, calculándose que los gastos de armamento militar ascenden anualmente de 240 a 275 millones.

Por lo que al Ejército se refiere, se de suponer que aumentará, todavía, más los gastos cuando no se pueda limitar en la cuenta de la guerra el gasto de una campaña inevitable, y, sobre todo, cuando se proceda a su reorganización.

Refiriéndose al tercer grupo, dice sir Robert Giffen que si bien es necesario dar por terminadas las operaciones militares del África central antes del próximo ejercicio, se de esperar que, en un plazo no muy largo, la lucha se mantenga, será sustituida por una campaña militar, cuyo importe anual aproximado será de 625 millones.

De donde se deduce que el presupuesto normal del nuevo período estará constituido del modo siguiente: grupo primero, 1.725 millones; grupo segundo, 1.625; grupo tercero, 625 más 125 para el esta-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



272 LOS CRUZADOS

hace seis días al lado de la princesa. Además, ¿cómo se puede casar sin permiso de su padre?

—Oí decir, precisamente, que éste quería casarla.

—Estáis mal informado; es la princesa, y no Jurand, pero la joven está prometida a un mozo a quien adora.

—¿Le ama?

—Endrek sonrió.

—Me parece que pensáis mucho en ella.

—Es conocida mía.

El caso escondía gran parte del rostro de Zbshko, pero, a pesar de eso, Endrek observó que el joven se había sonrojado.

—Me parece que el frie enrojece vuestras mejillas.

—Dijo con ironía.

—Es posible.

Los caballeros cobaron a andar, y Endrek, volviéndose a Zbshko, le preguntó:

—¿Personas; cómo os llamáis?

—Zbshko de Bogdanets.

—¡Qué casualidad! también el caballero que ha de casarse con la hija de Jurand se llama así.

—No puedo ocultarlo, —contestó con altivez Zbshko.

—Ni hay para qué; no podéis figuraros con qué ansia se os espera en la corte; además de ella, la princesa os quiere mucho.

273 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—¡Dios la bendiga, y a vos también por la buena noticia! Cuando me habéis dicho que Danusia no estaba casada, me he sentido renacer.

—¿Cómo podía casarse? Es verdad que hay muchos caballeros en la corte que la desean, porque llevará en dote a su marido la posesión de Spiohov, pero no se arriesgan a pedir su mano, por que recuerdan su acción y vuestro juramento. ¡Qué contenta se pondrá Danusia! Algunas veces, por broma, la decían en la corte que no volverais, y entonces la niña se encolerizaba y decía: «Volverá, volverá»; y cuando decían que os habían casado con otra, rompía en amargo llanto.

Zbshko se conmovió y dijo:

—Retaré a quien haya inventado tales calumnias.

—Endrek soltó una carcajada.

—Eran las muchachas quienes inventaban estas historias. ¿Desafiáis también a las mujeres?

Zbshko, que estaba contento por haberle deparado la suerte un compañero tan jovial y bueno, le interrumpió por cuanto tenía ansia de saber. Recordó su voto, y dijo que en muchos países se esperaba la guerra y hacían preparativos, y preguntó si en Masovetz soplaban vientos bélicos.

Endrek no creía que la guerra estallaba tan pronto. Krá cierto que la gente hablaba de ello, pero los

274 LOS CRUZADOS

pero creo que habrá hecho el voto de no quitársela hasta que cumpla alguna acción heroica. De día la lleva sobre la coraza; de noche sobre el cuerpo.

—¿Zanderns!

—¿Qué quiere el señor? —preguntó acercándose.

—Preguntó a este caballero quién es la dama más bella y virtuosa.

Zanderns trató la pregunta, y Falcón contestó:

—¡Ulrica De-Einer!

Zbshko sintió hervir su sangre, y espoleando al caballo se lanzó hacia el caballero de Lotaringia; pero Endrek, interponiéndose, gritó:

—¡Aquí no os batiréis!

Zbshko dijo al alemán:

—Díe de mi parte que se ha enamorado de una coqueta.

Del-Lorah saltó las riendas, y quitándose un guante lo tiró sobre la nieve, frente al embate de Zbshko, quien lanzó al caballo que lo levantase con la punta de su pie.

Endrek miró a Zbshko con aires severos y descontento:

—Os repito que no os batiréis mientras sea yo vuestro guía.

—No fui yo quien le desafié, sino él, que me arrojó el guante.